

Prólogo

Cha do dhùin doras nach d'fhosgail doras.

Cuando una puerta se cierra otra se abre.

La vida tal y como ella la conocía había llegado a su fin. Sucedió la mañana del doce de septiembre de 1820...y en ningún momento lo vio venir.

Lady Eleanor Wycliffe, heredera del ducado de Westover —el ducado más ilustre de toda Inglaterra, ni más ni menos— había sido educada como tantísimas jóvenes inglesas de buena cuna. Sus días llenos de desahogo y comodidades transcurrían sin que se esperara de ella otra cosa que dar puntadas perfectas y comportarse como una joven educada y agradable.

Ya antes de entrar en la clase de la Excelsa academia para damas de noble alcurnia de la señorita Effington, le habían inculcado que su única ambición en la vida sería hacer una buena boda, ser una anfitriona refinada y esforzarse todo lo posible por ofrecer a su futuro y aún desconocido esposo el venidero e importantísimo heredero varón.

Siéntese erguida, señorita.

Tiene que deslizarse, querida, nada de zancadas.

Eleve los dedos con la inclinación justa al servir el té.

Palabras indispensables susurradas por diversas mujeres mayores, palabras cuya única intención era infundir en cual-

quier joven de edad comprendida entre doce y veintidós años un miedo total a acabar sola, como la hermana de Fulanita o la sobrina de lady Menganita, las parias sociales conocidas como...

... solteronas.

Escalofrío.

No obstante, Eleanor había disfrutado de una ventaja destacable en todo aquello.

A diferencia de las pobres jovencitas cuyos matrimonios a veces eran convenidos después de poco más de una presentación entre la novia y el novio —como le había sucedido a su mejor amiga de estudios, lady Amelia Barrington, quien dos años antes había quedado unida de por vida a la pareja favorita de su padre en las partidas de swift—, a Eleanor le habían repetido desde que tenía cuatro años que le concederían la oportunidad de elegir a su compañero de toda la vida.

Durante su primera temporada en sociedad, lady Wycliffe había cumplido su papel, tal y como se esperaba de ella. Había buscado y finalmente encontrando a un hombre con quien compartía intereses comunes, un hombre que la trataba con amabilidad y que podría proporcionarle un hogar y las comodidades a las que estaba acostumbrada.

Richard Hartley, el tercer conde de Herrick, era apuesto, educado y tenía buena reputación entre la alta sociedad. Le gustaba leer y tenía oído para la música, igual que Eleanor. No la corregía deliberadamente cada vez que ella pronunciaba una palabra de forma diferente a la de él, y escuchaba, escuchaba con atención, todo lo que ella tenía que decir. Se llevarían bien, y lo mejor de todo era que la finca de Richard, Herrick Manor, estaba a tan sólo dos millas de la residencia ducal de Westover en Wiltshire, lo cual le convertía, creía Eleanor, en una elección de lo más sensata.

Curiosidades de la vida, recordaba haber pensado. Cuán peculiar que el destino les hubiera puesto a uno en el camino del otro a tanta distancia, en Londres, cuando sus familias habían sido vecinas durante generaciones. Sin darle más importancia, Eleanor se tomó esto como un motivo más que les destinaba a compartir sus vidas.

Christian, sin embargo, no parecía entender aquella lógica.

Christian Wycliffe, marqués de Knighton, hermano mayor de Eleanor y patriarca familiar desde la muerte de su padre dos décadas antes, había contemplado con reparos esta relación desde un principio. Pero, como aseguró a su hermana, su disconformidad simplemente respondía al temor por la pronta decisión de ella, por su elección demasiado rápida, pues ésta era su primera temporada tras su presentación en sociedad.

—Date tiempo, Nell —le había dicho cuando Eleanor mencionó por primera vez a Richard como futuro cuñado—. No hace falta que te lances precipitadamente.

Pero lanzarse precipitadamente era una cualidad en la que Eleanor parecía destacar, como aquella ocasión en la que había decidido que no le hacía ninguna gracia quedarse en casa con la niñera mientras su madre y Christian acudían a un baile. De modo que, con todo el atrevimiento de una niña de siete años, se introdujo como pudo en el pequeño compartimento oculto tras el asiento en el interior del carruaje de la mansión, pensando que una vez que llegaran al lugar donde se celebraba el baile, su madre no tendría otra opción que permitirle asistir. Lo que Eleanor no había considerado en ningún momento era que, después de meterse dentro del compartimento, después de ser zarandeada durante el viaje, lo que no iba a resultar tan fácil sería salir de ahí. El desenlace final fue que,

en vez de asistir a la fiesta, la madre de Eleanor, lady Frances, se pasó la velada de pie junto al carruaje, retorciendo su pañuelo con ansiedad mientras Christian, el cochero de la mansión y varias personas más se veían obligados casi a desmontar el carruaje para sacarla de allí.

De cualquier modo, pese a la falta de entusiasmo que había mostrado Christian, Eleanor había mantenido su confianza en la elección de Richard como futuro esposo. Al fin y al cabo, casi todas sus amistades se habían casado para entonces, y el joven pretendiente le iba muy bien. Pasaron juntos buena parte de los siguientes meses, bailando, paseando por el parque —siempre bajo la mirada atenta de su madre, por supuesto—, encaminándose hacia aquel momento inevitable en que Richard pediría su mano. Las matronas de la sociedad movían con gesto de aprobación sus cabezas tocadas con turbantes, y Eleanor esperaba pacientemente mientras todo seguía el curso oportuno, tal y como habían vaticinado durante toda su infancia...

...hasta el 12 de septiembre de 1820, cuando Christian reveló con exactitud a Eleanor por qué aquel matrimonio nunca podría llevarse a término.

Para tratarse de un día que iba a conllevar una convulsión equiparable a un temblor de tierra, la jornada había empezado con una calma de lo más engañosa.

Eleanor se había despertado temprano, cuando los primeros rayos de sol asomaron sobre las colinas orientales, titilando sobre el rocío iridescente que espolvoreaba las ondulaciones cubiertas de brezo que se extendían más allá de los muros del castillo en Wiltshire. Todo parecía tan perfecto.

Había desayunado a solas en su habitación, disfrutando de un rato tranquilo junto al calor relumbrante del fuego de turba, arropada bajo los pliegues de una gruesa manta de lana mientras leía e incluso cosía un poco. Había pensado en dedi-

car todo el día a actividades tan plácidas como éstas, hasta poco antes del mediodía, cuando llegó una carta para ella con el sello heráldico distintivo del conde de Herrick.

Richard le había escrito desde la propiedad que poseía su familia en Yorkshire, y en la carta, tal y como Eleanor había previsto hacía tiempo, le proponía el matrimonio, con información sobre su abogado en Londres, el señor Jeremiah Swire, quien, si ella aceptaba, se ocuparía de la firma de los contratos matrimoniales y otros detalles legales.

Pese a no tratarse del tipo de propuesta bajo la luz de la luna, con el pretendiente hincado de rodillas, de la que habían hablado entre susurros ella y Amelia B. cuando eran niñas, Eleanor bulló de entusiasmo e inmediatamente se fue en busca de su hermano Christian.

Le encontró a solas en su despacho.

Después de leer la carta de Richard dos veces, Christian continuó sentado en silencio tras su escritorio, escuchando mientras Eleanor expresaba diligentemente sus alegaciones a todo los argumentos que ella preveía que su hermano iba a exponer e incluso alguno más que a él no se le había ocurrido. Recordó a su hermano que su propia boda con Grace a principios de aquel año e incluso la boda de sus padres habían sido convenidas por su abuelo el duque de Westover. Eleanor arguyó que su futuro se afianzaba sobre cimientos mucho más firmes puesto que ella y Richard habían pasado bastante tiempo uno en compañía del otro y se habían escogido el uno al otro en vez de ser una tercera persona la que elegía por ellos.

Eleanor se mostró segura en su posición y refutó cada razonamiento que Christian formuló a continuación en contra de la boda con otro argumento a favor, y cuando Christian se quedó finalmente callado, Eleanor empezó a pensar que le había convencido.

No podía estar más equivocada.

—Lo siento, Nell. Un matrimonio con Herrick es simplemente imposible. No tengo nada más que decir al respecto.

De pronto, el Christian que tenía delante en aquel singular momento tenía un aspecto muy diferente al del querido hermano que siempre había conocido. Tenía el mismo cabello castaño de siempre, un tono o dos más oscuro que el de ella, y los ojos azules asombrosamente claros de su madre, pero la frente sobre estos ojos estaba profundamente marcada por las arrugas, y la sonrisa que siempre le había mostrado había desaparecido.

Fue en ese momento cuando Eleanor había empezado a preocuparse en serio.

—¿Por qué, Christian? Por favor, dime exactamente por qué estás tan decidido en contra de lord Herrick. ¿Acaso crees que no es honesto? ¿Te has enterado de alguna cosa de él de la que yo debería estar informada?

—No —contestó con un ceño implacable—. Por todo lo que yo he podido saber de él, Herrick es exactamente el caballero que todos conocemos.

—Richard me dijo que de niños no os llevabais bien. Él creía que eso tal vez influyera negativamente en tu opinión, pero yo habría pensado que...

Christian sacudió la cabeza.

—Esto no tiene nada que ver con cualquier refriega escolar, Nell.

—Entonces, ¿por qué, Christian? Si te estoy diciendo que lord Herrick es el hombre con quien deseo casarme, ¿por qué no puedes dar tu bendición? ¿No eras tú el que siempre ha dicho que podría elegir? ¿No era eso lo que me habías prometido? Bien, yo he cumplido mi parte. He escogido, y mi elección es Richard.

Christian no le contestó. Se limitó a mirarla fijamente, sin intentar convencerla, pero al mismo tiempo, por lo que parecía, él seguía completamente inflexible.

Frustrada ante el estoicismo de su hermano en lo referente a su futura felicidad, Eleanor desafió a Christian como nunca antes había hecho. Se sentó erguida en su asiento, agarrando con las manos los brazos de la silla, y dijo:

—No me dejas otra opción, Christian. Puesto que no puedes dejar a un lado tus propios sentimientos y pensar en los míos, tengo que decirte que estoy dispuesta a reunirme con Richard en Gretna Green * si es preciso.

—¡No!

En sus veinte años de vida, ésta era la primera vez que Eleanor recordaba haber visto a Christian levantando la voz. Ni siquiera cuando le había estropeado su par favorito de botas, pisoteando con ellas bajo la lluvia en el laberinto de setos, él había levantado la voz. Christian siempre la había consentido descaradamente durante toda su infancia, le había concedido prácticamente todo lo que ella pedía, llegando incluso a birlar de la cocina tres de las tartaletas de limón favoritas de su hermana cuando ésta tenía cinco años, pese al hecho de que la pequeña perdió el apetito para la cena.

Por lo tanto, el repentino estallido de él aquella mañana la había alarmado. Las palabras que dijo Christian a continuación, pronunciadas en tono muy diferente, la dejaron estupefacta.

—Los motivos por los que no puedes casarte con Herrick no tienen nada que ver con mis sentimientos personales hacia él, Nell. No podrías entenderlo. Créeme, aún no habías nacido cuando...

Eleanor pasó el siguiente cuarto de hora sentada quieta como una estatua mientras Christian exponía un crudo rela-

to que comenzó con la revelación de que su padre, Christopher Wycliffe, no había muerto de la enfermedad que a ella le habían contado desde que tuvo edad para preguntar. O sea, que no había habido fiebre, ni una última boqueada en una gélida noche cuando ella aún estaba dentro del vientre de su madre, hacía ya tanto tiempo.

En vez de eso, continuó Christian, su padre había muerto luchando por el honor de su madre en un duelo contra el hombre con el que había mantenido una relación ilícita, el mismo hombre que, había sobradas posibilidades, mejor dicho, probabilidades de que fuera el verdadero progenitor de Eleanor...

...el anterior conde de Herrick, William Hartley.

«El padre de Richard.»

Todavía ahora, Eleanor podía recordar la indefensión que sintió en aquel momento, como si las mismísimas paredes que la rodeaban empezaran a acorralarla. Sintió un nudo cada vez más opresivo en la garganta, que atragantó cualquier respuesta que pudiera haber dado, y los ojos irritados por las inminentes lágrimas. Mientras oía las terribles insinuaciones de su hermano, sacudió la cabeza como si con eso pudiera borrarlas de algún modo.

—Eso no es verdad, Christian —sollozó—. Richard me dijo que su padre murió al caerse de un acantilado una mañana que salió temprano a cabalgar. Nadie le vio y su caballo regresó sólo al establo. Su cuerpo nunca apareció. ¿Por qué haces esto, Christian? ¿Por qué te inventas esto?

Christian cerró los ojos entonces, respirando a fondo para seguir conteniendo las emociones reprimidas.

—No estoy inventándomelo, Nell. Dios, cuánto desearía que así fuera, he pasado la mayor parte de mi vida intentando que no tuvieras que oír estas palabras. —La miró, visiblemente hundido—. Yo estaba allí aquella noche junto con el

duque. —Christian nunca había llamado a su abuelo de otra manera que «el duque»—. Vi a lord Herrick disparar a nuestro padre. Le vi caer. Me arrodillé a su lado mientras moría. La pistola estaba tendida ahí en la hierba, aún amortillada. La cogí. No sabía lo que estaba haciendo. Sólo vi a lord Herrick alejándose. Le apunté. Yo...

Christian se detuvo, sacudiendo la cabeza, sin el valor para pronunciar las siguientes palabras.

No era necesario.

—¿Ttt... tú le mataste?

—Te lo juro, ni siquiera recuerdo haber disparado. Sólo le vi caer sobre la hierba y luego todo se emborronó. Las dos siguientes semanas fueron una pesadilla en vida. El duque encubrió todo lo referente a esa noche, se deshizo del cadáver de lord Herrick, sobornó al médico para que certificara que nuestro padre había muerto de una enfermedad. También quería desterrar a nuestra madre, denunciarla públicamente de adulterio, pero le supliqué que no lo hiciera. Le prometí que si la salvaba a ella y a la criatura que llevaba en sus entrañas, si dejaba a un lado la cuestión de tu paternidad, si dejaba las cosas como estaban, yo haría todo lo que me pidiera. Renunciaría a mi vida para que él la dirigiera como su heredero. Y así lo hice.

Eleanor se quedó mirando a su hermano mientras se esforzaba por controlar la respiración. Su conciencia era un zumbido y le temblaban las manos.

Un momento después, su mente se aclaró al reparar en un solo detalle.

—¿Por eso? ¿Es por eso por lo que accediste a casarte con Grace sin ni siquiera haberla visto antes? Todos estos años me preguntaba por qué insistías tanto en permitirme elegir esposo cuando a ti parecía preocuparte tan poco la persona a la que

ibas a hacer tu esposa. ¿Desde el primer momento era porque sabías que habías sacrificado tu vida para proteger a nuestra madre e impedir que alguien, incluida yo, supiera que en realidad no soy nada más que una *bastarda*?

Christian se limitó a mirarla, con la expresión helada por el evidente dolor. Cuánto lamentaba aquello. Pero ¿lamentaba haber tenido que herirla? ¿O lamentaba haber tenido que decirle la verdad después de habérsela ocultado durante todos aquellos años?

Si Eleanor no se hubiera topado con Richard en su vida, si nunca hubiera pensado en convertirse en su esposa, probablemente habría pasado el resto de sus días ignorando la verdad, sin saber nunca que de hecho no era lady Eleanor Wycliffe, hija de una de las más ilustres familias de Inglaterra. ¿Nunca habría sabido que era la consecuencia no prevista de una relación adúltera que había acabado con el asesinato de dos hombres, uno de ellos probablemente su padre biológico, el otro su padre oficial?

Todo lo que había sabido de su vida durante todo ese tiempo era una terrible farsa. Había crecido creyendo que su madre y su padre habían vivido en un cuento de hadas juntos antes de que a su padre se lo hubiera llevado injustamente la muerte. Lo había creído porque era lo que le había contado la poca gente en la que podía confiar.

Recordaba haber pensado en una cita del *Phrixus* de Eurípides sobre los hijos que sufrían los castigos de los dioses por los pecados de sus padres. Entonces se preguntó si los dioses castigarían por *doble* partida a los niños cuyos padres y *madres* habían pecado. Si así fuera, entonces sin duda estaba condenada eternamente, pues ¿qué destino más cruel podía existir que vivir toda la vida en el papel de alguien que nunca ha existido?

Aquella noche, mientras todo el mundo dormía en el castillo, Eleanor se marchó, se escabulló guarecida por la protectora noche sin luna de las Tierras Altas. No pensó en explicarle a nadie más a dónde iba. La verdad era que en realidad no se conocía a sí misma.

Cogió cincuenta libras que encontró en el estudio de su hermano Christian y que empleó para atravesar las Tierras Altas, viajando hacia el sur cuanto pudo, hasta la diminuta localidad costera de Oban. Allí era donde se encontraba sentada ahora, sorbiendo té de mora en el pequeño salón posterior de una posada de techo de paja situada en la calle que daba al puerto principal. Estaba agotada, después de tantos días caminando sentía calambres en sus pies enfundados en endebles pantuflas, y además se había gastado casi todo el dinero. No pudo evitar pensar en lo ridículo de la situación: una vez saldara su cuenta con el posadero, sólo le quedaría el dinero suficiente para comprar una pasaje en el paquebote que la llevaría otra vez costa arriba hasta Skynegal. De regreso a las mentiras. De regreso a la traición.

Tal vez fuera una señal. Tal vez debiera haber continuado con su vida, como siempre, ignorante por completo, sirviendo té, alzando los dedos lo justo al tiempo que fingía desconocer la terrible verdad sobre su pasado. Tal vez estaba destinada a ser esa persona, la *falsa* heredera Westover, ilegítima en secreto, feliz en su ingenuidad.

Justo cuando Eleanor estaba a punto de preguntar a la esposa del mesonero la dirección para ir acoger el paquebote que viajaba al norte, avistó por casualidad un anuncio torcido colgado de la pared.

SE NECESITA INSTITUTRIZ PARA MUCHACHA DE BUENA
CUNA, DE OCHO AÑOS DE EDAD.
PREGUNTAR EN DUNEVIN, ISLA DE TRELAY.

Lo leyó una vez más. Y luego una tercera vez.

Lo que se dio a continuación fue una de esas coyunturas que surgen una sola vez, tal vez dos, en la vida de una persona. Hay quien lo llama encrucijada, otros lo denominan momento decisivo. Eleanor podía embarcar en ese paquebote que viajaba hacia el norte y regresar por donde había venido. Sabía lo que le esperaba allí. Pasaría la vida viviendo una mentira, intentando ocultar cada día la verdad de su ilegitimidad mientras se enfrentaba a diario a la compasión de las miradas de quienes estaban al corriente de los hechos.

O podía tomar la otra vía, la que no había explorado, precaria y tal vez desconcertante, pero una vez en ella, quizá pudiera encontrar un camino hasta la verdad...

... la verdad sobre quién era en realidad Eleanor Wycliffe.